

Como observar, en un salto ralentizado

L. Serrot



Capítulo 1

¿A qué huele la Luna? Siempre pensé de pequeña que su aroma era el del anís, pero probablemente era el olor que yo le adjudicaba por ánimo clasificatorio. El olor del limbo; del asiento madre desde donde contemplar las transiciones de la vida. El olor que percibía muchas noches.

En las que me suspendía en el cielo sin atmósfera, sobre los reflejos orbitales de la Tierra, levantando pinceladas de suelo lunar a mi alrededor mientras ensayaba mis pasos de ballet. Mi casa, a pesar de toda esa luminaria concentrada del planeta en la noche cerrada, era claramente visible, y, como un expectante faro, señalaba su posición.

De pronto, estaba en mi sala de estar, pero la habitación tomaba rápidamente las formas de la planicie de la esfera que veía por la ventana; de La Observadora. Entonces, cogía un montón de la arena grisácea, que me llevaba a mirarla, meditativa, a medida que se transformaba y pasaba a ser la Tierra y yo volvía ahí arriba. Donde permanecía, calibrando, para intentar fijar el límite de su azul y sus continentes en los bordes de mis manos; con un inusitado sentido de responsabilidad y soledad.

Pasados unos años, Juana tuvo de nuevo aquel sueño, pero, en esta ocasión, al sujetar la Tierra, esta se desprendía, calcinada, entre los dedos.

Al despertar, tenía las manos ennegrecidas. Se fue corriendo al baño para aclararlas. Mientras bajaba las escaleras para ir a una de sus últimas clases como profesora en la Universidad Complutense, se dijo que no era más que una alucinación, producto del estrés por el largo viaje que le esperaba.

De vuelta en casa:

-Tómalo con calma, cariño -dijo la tía Carla, mientras miraba por la ventana del salón el vuelo de un milano que caía en picado; seguramente sobre alguna presa-. Sí, es cierto, llevas años dentro del proyecto, pero es normal que tengas reticencias en el momento del viaje. No te culpes.

-Ya..., sé que son los nervios normales en este tipo de situaciones -terció Juana, que se notaba las últimas semanas fuera de sí y con mucha ansiedad-. Pero aún así, no paro de pensar que quizás no esté preparada, que pueda haber alguien más competente que yo al que le esté privando

de la experiencia. Nos jugamos tanto...

-No, Juana, no hay nadie mejor. Llevas preparándote desde la salida del instituto; has dedicado toda tu carrera al estudio del comportamiento humano en la terraformación de la Luna. Te doctoraste en Psicología Social con honores. Esas personas que van ahí arriba, te necesitan; necesitan tu guía. El estrés al que estaréis sometidos será muy grande.

-Lo sé. Tengo que estar agradecida por lo que viene, por las cosas que conseguiremos. El suero para curarnos contra el virus, los resultados de los estudios de viabilidad de la terraformación global de la Luna y de otros planetas...

-Eso es. Tú, Ramón, y todos esos jóvenes prometedores y mentes brillantes, sois los que nos abriréis el camino a la cura y a nuevos horizontes.

Siempre recordaré con ternura tu dieciocho cumpleaños; la determinación con que atendiste la llamada del gobierno y te enfrentaste a todas esas pruebas y análisis... *Mi pequeña pionera* -dijo, con una tierna sonrisa-.

Juana le devolvió la sonrisa. Al punto, algo acaparó la atención de ambas en el televisor.

El telediario matutino daba cuenta de las últimas noticias de calado mundial a través de la voz encendida del presentador:

-¡Buenas tardes! Les informamos de los últimos avances en la << *Operación Pirámide Caída* >>...

-Súbelo por favor -dijo Juana, que se movía nerviosa en su asiento.

-La siguiente en la lista de los señalados por la justicia se encuentra la número 5 de la lista *Forbes*: la rusa Alexandra Pàvlov. Los informes de la Interpol aseguran que la magnate ideóloga de *Vector*; la criptomoneda que sustentaría la certificación ética de todos los productos del mundo, ha sido arrestada en su casa de campo de los Montes Urales cuando intentaba huir a China por Siberia. Allí, se encontraría con conocidos de Gao-Huáng, ya arrestado por pertenecer al núcleo pensante de la organización criminal que estaría detrás de la mayor estafa por cohecho de la historia. La empresa de Alexandra serviría como tapadera ética para...

-¡Qué sinvergüenzas! -intervino Carla; negando con indignación-. Cómo es posible que personas de esa ralea moral sean los que dirijan los hilos del mundo...

-¡Apágalo ya! -intervino súbitamente Juana, que sintió una profunda sensación de culpa sin saber porqué mientras Carla se quedaba sin palabras.

-Eh... s-si, claro cariño. Disculpa, pensaba que querías verlo -replicó Carla con evidente desconcierto y notas de tristeza.

-Lo siento tía... Estoy... Ellos no... , pero no sé porqué... Con todo lo que has hecho por mí desde que mis padres se fueron. Siempre te has portado bien conmigo y yo en cambio... Te voy a echar tanto de menos...

-Tranquila mi niña. Eres mi mayor alegría; me has hecho tremendamente feliz. Ha sido un honor poder criarte. Yo también te echaré de menos, pero has tomado una maravillosa decisión. Jamás perderemos el contacto; tenemos la realidad virtual. Además, estoy convencida de que encontraréis la cura en poco tiempo. Que puedas tener una vida alejada de esta hastiosa cuarentena lo es todo para mí; aún no sabes lo que es vivir fuera de ella.

A unos cientos de miles de kilómetros, se encontraban dos personas en un despacho con cajas por el suelo.

-¿Qué tal va el acondicionamiento en el nuevo ala, Donald? -dijo un hombre con un elegante traje azul marino.

-Hablando claro, muy bien Igor -replicó Donald, de aspecto robusto, que sacaba de una de las cajas una estatuilla pequeña de una mujer agarrando un testigo y la ponía en la mesa-. ¿Cómo va el aseguramiento del último silo?

-Sobre ruedas. Los técnicos comentan que estará todo listo para finales de semana.

-Bien... Los cinco silos ya están listos... y podremos sincronizar el viaje con la última fase del virus -Donald se quedó un tiempo caviloso hasta que continuó-. Esas mentes obtusas de ahí abajo ya no podrán sorprendernos con armas de destrucción masiva. Creo que no podemos hacer más después de esto y de encarcelarlos y condenarlos públicamente de manera plausible.

No quieren ver que la única forma de asegurar la supervivencia humana es esta. No nos ha quedado otra.

-Desde luego. Han tenido margen. Vieron lo que les pasó a los primeros y

aún así han seguido con su necesidad.

-Cambiando de tema, he hablado con Sánchez. Comenta que alguno de los terraformadores lleva un tiempo sufriendo ataques de pánico, depresiones y..., bueno, algunos episodios esporádicos de psicosis.

-Sí, leí el informe. De todas formas, la mayoría del equipo de genética no lo achaca a la vacunación y piensan que hace referencia a estadísticas normales en situaciones de este tipo.

-Por el bien del proyecto, espero que así sea -sentenció Donald con gravedad.

Igor tragó saliva de forma evidente.

-Los transbordadores de Asia, América, África y Oceanía están en posición -continuó Donald con funcionalidad-, sólo queda el de Europa. El presidente de Inglaterra ha pedido unos días para finalizar los preparativos de la base de Gibraltar; también ha hecho algunas solicitudes. Hazme el favor y ponte en contacto con él para atenderlas cuanto antes.

El transbordador ya se puede enviar para allá. Da el visto bueno a la tripulación y, como hablamos, ve con ellos hasta ahí y encárgate de la salida europea. Necesitan ajustarse rápido a los demás continentes y al plan de salida y no puedo dejarlo al azar.

-Claro señor -replicó Igor con presteza.

Donald asintió-.

A finales de semana, como Igor había previsto, finalizó la puesta en marcha de la base europea y, para mediados de la semana siguiente, la Tierra ya estaba lista para llevar a los primeros terraformadores a la Luna. Jóvenes brillantes de diversas disciplinas que habían pasado por un proceso de muchos años de estudio y preparación. Estos se unirían con algunos científicos y operarios que llevaban varias décadas preparando el terreno y construyendo.

Unas decenas de miles de personas repartidas en cinco localizaciones, esperaban para entrar en sus respectivos transportes. En Gibraltar, Juana, tras despedirse emotivamente de su tía, se aproximaba a su nueva vida.

Era el 48 de la fila, ella lo sabía. Simplemente lo sabía. Llevaba teniendo ese tipo de intuiciones unos años.

Al poco de pasar las puertas de identificación de la base y encontrándose ya en el recinto que daba al transbordador junto con el resto de

compañeros, el Responsable de Operaciones de Delfos, Igor, subió a un estrado y dio su arenga como el resto de representantes del proyecto en los continentes restantes:

-El virus *praviked* lleva asolando al mundo entero cuatro largas décadas. Hemos vivido una crisis mundial sin precedentes; cómo la humanidad ha pasado por un gran período de desaliento y estancamiento; grandes núcleos poblacionales en grave peligro y... el mundo segregado en cuarentenas institucionales necesarias. Pero entonces, surgió el *componente lai* en una expedición exploratoria de las profundidades lunares y se abrió un atisbo de esperanza; que cada vez es más grande gracias al *Proyecto Oráculo* -Señalando al público que le rodeaba con un movimiento amplio de brazos, continuo-: Junto a estos valientes y brillantes científicos, nos encaminamos no sólo a salvar la Tierra, sino a ensanchar sus límites...

Juana sintió de pronto una humedad que le inundó los huesos. La terrible premonición de algo que afectaba al mundo entero en el interior de la Luna.

Al acabar la charla, retransmitida mundialmente, comenzaron a llamar a los integrantes uno a uno. Al poco de empezar, pudo escuchar por megafonía: <<Puesto 48: Ramón Torres>>. La desgarrada figura del chico comenzó a subir por las escaleras de la nave.

En las grandes pantallas del recinto iban surgiendo diversas noticias referentes al gran acontecimiento: <<Delfos espera a sus oráculos para la mayor empresa en avance médico y social de la historia>>, rezaba un titular.

Juana tuvo que esperar, ya que entró con el puesto 1009. Ya dentro, se encontró con Ramón en la cafetería.

-¡Juana!, ¡estoy ansioso por llegar a Delfos! -restalló este, risueño-. El *componente lai* es toda una revolución para la medicina y para otras muchas ciencias. Necesito verlo en condiciones naturales y ver las posibilidades por mi mismo. -Detuvo su entusiasmo y replicó:- Juana... ¿estás bien?

-Estoy bien, perdona. Lo único que... tengo un poco de calor, ¿tú lo notas?

-La verdad que no, pero no te preocupes, seguro que es producto de la conclusión de tantos años de esfuerzo que ahora verás recompensados - Ramón sonrió y tocó su hombro con firmeza.

-Eso es... -una sonrisa salió con esfuerzo de Juana-. Bueno, ¿qué tal han

ido los últimos resultados del estudio del virus?

-Un tema muy interesante... Verás, todavía desconocemos la naturaleza de la cápside proteica, pero es probable que ahí arriba..., codo con codo con Sánchez, saquemos conclusiones acertadas en poco tiempo. Estoy confiado. ¿Tú qué tal llevas la organización psicológica por sectores?

-No es de la Tierra -sentenció de pronto Juana.

-¿Cómo?, ¿qué quieres decir?

-El virus... no... Creo... Perdona. Últimamente mis intuiciones están siendo más recurrentes y confusas. ¿Te acuerdas de aquella vez, hace unos meses, en que pensamos lo mismo al respecto de la final de la liga de fútbol? Tú no creías que fuera a ganar el Villareal; era algo tan improbable, pero yo tenía una convicción al respecto muy fuerte, entonces te toqué y tú...

-Sí... y yo de pronto empecé a sentir lo mismo.

-O aquella vez, en que, de pronto, empecé a pensar lo que tú estabas pensando sobre Lucía.

-Pueden no ser más que coincidencias, Juana. Esto que...

-En ambos casos te toqué, Ramón. Creo que el virus procede de la Luna y que si toco a Igor, podré saber más cosas.

-No es posible...

De repente, por megafonía, se escuchó la voz de Igor, anunciando la partida del transporte y solicitando que todos fueran a la sala de despegue.

Ramón y Juana se miraron unos momentos.

-El... transbordador va a despegar -a Ramón se le atropellaban las palabras-. Vamos...

Se quedaron mirando el uno al otro unos momentos, para finalmente ir a la sala de despegue.

El transbordador hizo una pausa de descanso en la subida.

Igor se encontraba delante de la sala, de pie, hablando con dos geólogos que le sonaban a Juana. Vio el momento perfecto para poder abordar a

Igor, pero este se le adelantó:

-Hombre, ¿Juana Arca, verdad? Todos los entendidos en psicología social de ahí arriba hablan muy bien de usted y no es para menos. A mi juicio es usted una excelente sucesora de Bandura y su teoría de la eficacia: los retos tan fuertes a los que os enfrentareis...

-Si, bueno, muchas gracias -cortó Juana-, pero el placer es mío.

Juana extendió la mano para estrecharla a Igor y este hizo lo propio, entonces, un torrente de escenas le abrumó:

En una, Igor se encontraba con hombres enfrente de una gran excavación. Tenían una cúpula sobre sus cabezas. Uno de estos, que miraba por un microscopio, le decía con entusiasmo:

-¡Lo hemos encontrado!, el *componente lai*: el *virus praviked* ya es una posibilidad.

En otra, en lo que parecía una sala de control diáfana con un terrero de arena grisácea en el exterior, estaban Igor, Donald y otros operarios:

-Desde aquí, se controlarán los transbordadores -dijo Igor, dirigiéndose a Donald-. Esta instalación está únicamente diseñada para este cometido y para ninguno más, para evitar fallos, como me solicitasteis.

Juana vió muchas escenas más, en un tiempo demasiado corto como para contener siquiera una de ellas.

También vio a Igor y Donald antes de la partida del primero a la Tierra con el transbordador europeo, donde supo que habían estado incautando misiles nucleares para evitar represalias. Tuvo la certeza final de que había un grupo de personas de la ONU que había decidido crear un virus con un componente lunar que sólo ellos conocían para reducir la población de la Tierra. Que las instalaciones lunares eran una construcción para contener a un grupo de científicos punteros y grandes familias hasta que la Tierra pudiera ser habitada de nuevo y que sus premoniciones eran probablemente un resultado inesperado de la vacuna creada ex profeso y que le fue inoculada por el gobierno en las pruebas realizadas en su dieciocho cumpleaños.

Pero sobre todo, supo, para su pesar, que el virus estaba en su fase final, y que la única forma de salvar a la Tierra era estrellando los transbordadores en los silos nucleares incidiendo en la mente de los operarios de la sala de control de la Luna a través del transmisor de Igor.

Y, entonces, en un espacio ralentizado, dirigió la mirada a la tripulación y

a sus miles de almas henchidas de recuerdos y se detuvo en una certeza.

Ahora, flotaba, con la Tierra perfectamente acunada en su regazo.